

Análogos fenómenos podemos apreciar, sin esfuerzo alguno, en todas las plantas cultivadas por su follaje, por sus flores o por sus frutos y en todos los animales domésticos. Mucho más interesante es, sin duda, observar ésto en plena Naturaleza salvaje y ver los variadísimos recursos de que los seres se valen para poder desviar hacia aquella dirección ideal la actividad que pueden sustraer de los fines estrictamente vitales; pero no es posible tratar de esto sin prolongar demasiado nuestro discurso.

De la existencia de una superactividad orgánica derivada del mecanismo de la vida, nace, pues, la idea de que, en los seres o fuera de los seres, hay algo que no es materia ni energía física, que los impulsa en una determinada dirección, venciendo el principio de la economía universal. Éste algo inexplicable, no es, por tanto, fuerza alguna. Es una influencia inmaterial indefinible que guía aquella superactividad hacia la realización de un ideal de forma, de color, de funciones, de expresión, de sentimientos estéticos: ideal, que de alcanzarse plenamente, sería incompatible con la vida real.

La capacidad total de trabajo de un ser es una constante que podemos considerar como la suma de dos distintos sumandos: uno el de la vida orgánica, el otro el de la vida estética o de belleza. Siendo la suma invariable, si uno de los sumandos aumenta, el otro tiene que disminuir en igual grado; si uno de los sumandos se reduce a cero, el otro valdrá la totalidad activa del ser.

Se comprende la posibilidad de anulación del segundo sumando, es decir, del que representa la vida estética, la vida de la belleza y de la felicidad. Pero, en la Naturaleza, no es posible se llegue a la anulación del primer sumando, que es el que representa la vida orgánica, la vida de la lucha y del dolor; y no puede realizarse esta anulación porque implica la muerte, esto es, la desaparición del ser del Mundo de la materia y de la fuerza, del Mundo de la realidad, único del que nos ocupamos.

